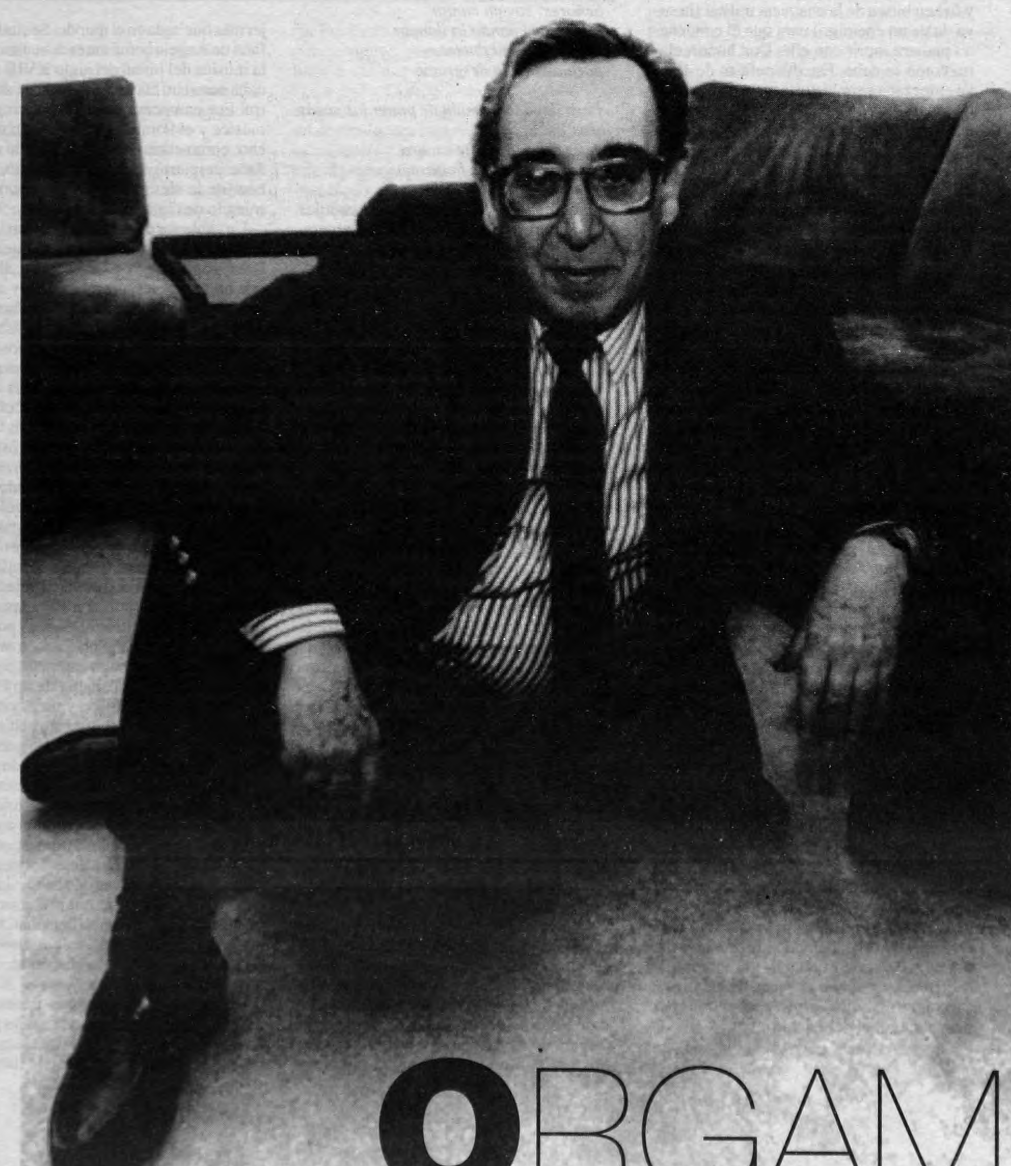
ORGAMBIDE

Dorrego

En *Una chaqueta para morir*, la novela que publiqué en 1998, recreo la última hora de un condenado a muerte: la de Manuel Dorrego en un aciago día de 1828. En esta obra, en la que se intercalan cartas y documentos sobre la tragedia (los textos de la cultura institucionalizada, al fin) irrumpen, de pronto, las voces de la cultura sumergida, las del pueblo negado a la escritura, que se expresa a través de El Cantor en coplas, cielitos, triunfos y vidalas. Es la confrontación de dos lenguajes, dos lecturas enfrentadas, dos visiones políticas del país. Este contrapunto, esta oscilación dialéctica de la propia Historia, está presente en las contradicciones del mismo personaje, hombre culto, ilustrado y, a la vez, irreverente, peleador, pícaro, desprejuiciado, antisolemne y transgresor, que hace conciencia el descontento popular. Sin duda el crimen político de 1828 tiene inquietante semejanza con los que se sucedieron en otras épocas nefastas y más recientes de la Argentina. La novela, como lectura paralela de la Historia, sólo da testimonio desde el punto de vista de un hombre, de su peripecia individual, de alguien que se piensa (y que por momentos se sueña como el sueño de otro) en la hora final que le toca vivir. En esta hora desfilan los personajes de una existencia singular, la aventura de un hombre apasionado, sus amores, sus combates, su exilio y sus desencuentros con ciertas mezquindades de la política.



Presentación de P. O.

UNA CHAQUETA PARA MORIR

Por Pedro Orgambide



Compadre: ¿tiene usted una chaqueta con la que yo pueda morir?

El otro (que supo ser su amigo, que pudo ser su hermano, su igual, un hombre justo, al fin), se quedó mirándolo, como si estuviera en medio de un sueño y no allí, en el campo que siempre es el mismo, indiferente a la miseria de los hombres. "Por favor", murmuró el condenado, con una voz amable más propia del salón que de la guerra. "Por favor, compadre", dijo y miró las nubes que rodaban lentas sobre la llanura que otros llaman la pampa.

–Sí, compadre, ya voy –respondió el otro y fue en busca de la chaqueta militar (la suya, la de un enemigo) para que el condenado pudiera morir con ella. Con honor, claro, como se debe. Ese día nefasto de 1828 ya empezaba a ser historia, pero quienes estaban allí no lo sabían y Dorrego puteaba por lo bajo por esa situación, "es cosa de no creer, compadre, mire que morir así por ese necio de Lavalle, ese general sublevado, nada ganará con mi muerte. Nada", dijo y supo que poco después él entraría en esa nada. "Lástima morir así", pensó. Su destino era morir en un combate, con las armas en la mano, como un hombre; no así. "No soy un maula, no soy un matrero", se indignó.

–Lo sé, compadre –dijo el otro.

Se oía el relincho de la caballada, las voces de los soldados a lo lejos. "Pobres milicos, pobres gauchos" –pensó el prisionero. Eran nada, nadie para esa historia que ninguno de ellos podía escribir. Huérfanos de la letra, estaban condenados a callar. "Pobre Patria", murmuró Dorrego aquella tarde.

En un birlocho, como carro de matadero, con un hombre vigilándolo como si fuera un criminal, el coronel Manuel Dorrego espera la sentencia. "La de un general sublevado, gran puta, la de un traidor", se dice. No puede o no quiere creer lo que le pasa. Lo han sorprendido tomando mate con un militar amigo, en un rancho, le han intimado su rendición justamente a él, al loco Dorrego, que pudo dejarlos fríos si sacaba el sable; pero él quiso ser un hombre de paz. "Me equivoqué; debí matar a esos traidores", piensa ahora, preso como si fuera un criminal, en un día tan lindo que da lástima morirse. Varios milicos, recostados bajo el alero, entretienen su ocio arrojando unos dados de hueso; otro, mira hacia el monte como si pudiera surgir de allí una montonera o un malón. Pero no hay nada, nadie. En un birlocho, como carro de matadero, Manuel Dorrego atisba la posibilidad de escaparse, pero desecha la tentación; ya no es el loco Dorrego sino el gobernador de la provincia, el jefe del Partido Federal, un hombre de respeto. Se da cuenta de que se está mirando como lo ven los otros, esos que lo llaman el Coronel del Pueblo.

Dijo El Cantor:

Señores, voy a contar
una historia desdichada.
A todos pido perdón,
si mi inspiración no alcanza.

Yo cuento lo que pasó
no pongo ni quito nada;
el justo y el pecador
son igual en mi balanza.

Yo no soy un juez de paz para andar juntando faltas,
pero busco la razón
de tantas cosas que pasan.

Señores: soy un cantor
que viene cuando lo llaman.
No soy cura ni doctor,
para aliviar la desgracia.

Pero llegó la ocasión de poner las cosas claras
y ver si en la noche oscura
hay algo más que fantasmas.

Eso dijo y pasó la mano por las cuerdas de la guitarra y después miró hacia afuera, hacia la noche o todo el universo, hacia la pampa o hacia Dios.

Coronel, mi coronel:
lo está mirando su pueblo,
lo está mirando y no sabe
si está vivo o está muerto.

Por eso voy a mirar
como quien mira un espejo,
para saber quién soy yo,
mirando a Manuel Dorrego.

Coronel, mi coronel,
se lo pido con respeto:
présteme un rato su voz
para contar este cuento.

Desde un piano que sonaba como un clavecín, un piano pequeño del siglo XVIII, le llegó a Dorrego la música de un vals, de una mazurca, de una gavota, y él se vio bailando con una mujer muy bella, su mujer; "Dios mío, mi Angela", pensó el hombre que iba a morir mientras oía la música: "Angela, me van a matar, amor", creyó que decía. Oyó el vals otra vez y se vio navegando, hablando otro idioma, el inglés del exilio. "¡Dios mío: la Argentina arroja a sus hijos como si fueran náufragos!". Oyó la música de un vals, de una mazurca, de una gavota. Se vio bailando con su mujer y soñó que la felicidad era posible. De pronto, en el espejismo de esa tarde en Navarro, Manuel se vio bailando con las mujeres de su juventud, con las dos amantes que convivían con él en Mendoza, y con una mujer desnuda, la negra de Jamaica, que lo consoló en el cautiverio. Todas eran la misma, todas, en el juego de los espejos, terminaban en el cuerpo y la cara de Angela cuando bailaba el vals. Dios mío: se dio cuenta que quería a esa mujer más que nada en el mundo. Se sintió huérfano de Angela como antes de su madre. Oía la música del piano del siglo XVIII que sonaba como un clavecín en la tarde de Navarro. Fue entonces cuando se interrumpió la música y el hombre que estaba en el birlocho, como carro de matadero supo que soñaba despierto y despertó, por fin, en esa hora de la siesta, en el calor y con un estruendo de cigarras.

Un sable sin cabeza. Así le dicen. Pero se equivocan: Lavalle es algo más que eso. El, Dorrego, se equivocó al juzgarlo, al pensar que no se atrevería a sublevarse y caer sobre la Ciudad y apoderarse del fuerte y el gobierno. Se equivocó, ahora lo sabe. Pensó que ese joven delgado, impetuoso como él (ahora se da cuenta que se parecen como figuras enfrentadas, como naipes) sólo tenía la ambición del triunfo en el combate. Se equivocó. "Me equivoqué fiero." Es como todos, como él. No les basta la guerra; ambicionan la política. "El Poder, señores –había dicho Dorrego a los diputados de las provincias–. Ustedes pueden ser el Poder. Pero hay que ganarlo. Nadie lo regala." Había que desconfiar de los hombres de frac –dijo–, de los unitarios que se reunían en el café de la Victoria o de la Comedia para conspirar. Gente adicta a Rivadavia: banqueros, comerciantes y hasta un poeta como Juan Cruz Varela, profuso de mitologías. "La política es puta, compañeros. Es infiel, no tiene dueño", había dicho Dorrego mientras jugaba al billar y un payador improvisaba "esos versos que gustan a la plebe" –como decían los unitarios, versos que hablan del coraje y la injusticia de ser pobres. "Un sable sin cabeza." No, es más que eso. Seguramente otros (más astutos, más diablos) están entre bambalinas, como actores en el Hueco de las Animas; otros, no Lavalle. Pero no es inocente. Sabía que Lavalle, el sublevado, ese que había sido compañero de armas, no le temía a él sino a ese pueblo que los señoritos llamaban la chusma: gente de los ranchos, del suburbio, negras y negros del candombe, adictos al Coronel del Pueblo. A él, a Dorrego, sí. "Ellos son el honor de los que nada tienen, caballeros" había dicho una vez y podía repetirlo ahora. "Porque de nada me arrepiento, señores", pudo decir, pero no lo llamaron a

UNA CHAQUETA PARA MORIR

Por Pedro Orgambide



Compadre: ¿tiene usted una chaqueta con la que yo pueda morir?

El otro (que supo ser su amigo, que pudo ser su hermano, su igual, un hombre justo, al fin), se quedó mirándolo, como si estuviera en medio de un sueño y no allí, en el campo que siempre es el mismo, indiferente a la miseria de los hombres. "Por favor", murmuró el condenado, con una voz amable más propia del salón que de la guerra. "Por favor, compadre", dijo y miró las nubes que rodaban lentas sobre la llanura que otros llaman la pampa.

–Sí, compadre, ya voy –respondió el otro y fue en busca de la chaqueta militar (la suya, la de un enemigo) para que el condenado pudiera morir con ella. Con honor, claro, como se debe. Ese día nefasto de 1828 ya empezaba a ser historia, pero quienes estaban allí no lo sabían y Dorrego puteaba por lo bajo por esa situación, "es cosa de no creer, compadre, mire que morir así por ese necio de Lavalle, ese general sublevado, nada ganará con mi muerte. Nada", dijo y supo que poco después él entraría en esa nada. "Lástima morir así", pensó. Su destino era morir en un combate, con las armas en la mano, como un hombre; no así. "No soy un maula, no soy un matrero", se indignó.

–Lo sé, compadre –dijo el otro.

Se oía el relincho de la caballada, las voces de los soldados a lo lejos. "Pobres milicos, pobres gauchos" –pensó el prisionero. Eran nada, nadie para esa historia que ninguno de ellos podía escribir. Huérfanos de la letra, estaban condenados a callar. "Pobre Patria", murmuró Dorrego aquella tarde.

En un birlocho, como càrro de matadero, con un hombre vigilándolo como si fuera un criminal, el coronel Manuel Dorrego espera la sentencia. "La de un general sublevado, gran puta, la de un traidor", se dice. No puede o no quiere creer lo que le pasa. Lo han sorprendido tomando mate con un militar amigo, en un rancho, le han intimado su rendición justamente a él, al loco Dorrego, que pudo dejarlos fríos si sacaba el sable; pero él quiso ser un hombre de paz. "Me equivoqué; debí matar a esos traidores", piensa ahora, preso como si fuera un criminal, en un día tan lindo que da lástima morirse. Varios milicos, recostados bajo el alero, entretienen su ocio arrojando unos dados de hueso; otro, mira hacia el monte como si pudiera surgir de allí una montonera o un malón. Pero no hay nada, nadie. En un birlocho, como carro de matadero, Manuel Dorrego atisba la posibilidad de escaparse, pero desecha la tentación; ya no es el loco Dorrego sino el gobernador de la provincia, el jefe del Partido Federal, un hombre de respeto. Se da cuenta de que se está mirando como lo ven los otros, esos que lo llaman el Coronel del Pueblo.

Dijo El Cantor:

Señores, voy a contar
una historia desdichada.
A todos pido perdón,
si mi inspiración no alcanza.

Yo cuento lo que pasó
no pongo ni quito nada;
el justo y el pecador
son igual en mi balanza.

Yo no soy un juez de paz para andar juntando faltas,
pero busco la razón
de tantas cosas que pasan.

Señores: soy un cantor
que viene cuando lo llaman.
No soy cura ni doctor,
para aliviar la desgracia.

Pero llegó la ocasión de poner las cosas claras
y ver si en la noche oscura
hay algo más que fantasmas.

Eso dijo y pasó la mano por las cuerdas de la guitarra y después miró hacia afuera, hacia la noche o todo el universo, hacia la pampa o hacia Dios.

Coronel, mi coronel:
lo está mirando su pueblo,
lo está mirando y no sabe
si está vivo o está muerto.

Por eso voy a mirar
como quien mira un espejo,
para saber quién soy yo,
mirando a Manuel Dorrego.

Coronel, mi coronel,
se lo pido con respeto:
présteme un rato su voz
para contar este cuento.

Desde un piano que sonaba como un clavecín, un piano pequeño del siglo XVIII, le llegó a Dorrego la música de un vals, de una mazurca, de una gavota, y él se vio bailando con una mujer muy bella, su mujer; "Dios mío, mi Angela", pensó el hombre que iba a morir mientras oía la música: "Angela, me van a matar, amor", creyó que decía. Oyó el vals otra vez y se vio navegando, hablando otro idioma, el inglés del exilio. "¡Dios mío: la Argentina arroja a sus hijos como si fueran náufragos!". Oyó la música de un vals, de una mazurca, de una gavota. Se vio bailando con su mujer y soñó que la felicidad era posible. De pronto, en el espejismo de esa tarde en Navarro, Manuel se vio bailando con las mujeres de su juventud, con las dos amantes que convivían con él en Mendoza, y con una mujer desnuda, la negra de Jamaica, que lo consoló en el cautiverio. Todas eran la misma, todas, en el juego de los espejos, terminaban en el cuerpo y la cara de Angela cuando bailaba el vals. Dios mío: se dio cuenta que quería a esa mujer más que nada en el mundo. Se sintió huérfano de Angela como antes de su madre. Oía la música del piano del siglo XVIII que sonaba como un clavecín en la tarde de Navarro. Fue entonces cuando se interrumpió la música y el hombre que estaba en el birlocho, como carro de matadero supo que soñaba despierto y despertó, por fin, en esa hora de la siesta, en el calor y con un estruendo de cigarras.

Un sable sin cabeza. Así le dicen. Pero se equivocan: Lavalle es algo más que eso. El, Dorrego, se equivocó al juzgarlo, al pensar que no se atrevería a sublevarse y caer sobre la Ciudad y apoderarse del fuerte y el gobierno. Se equivocó, ahora lo sabe. Pensó que ese joven delgado, impetuoso como él (ahora se da cuenta que se parecen como figuras enfrentadas, como naipes) sólo tenía la ambición del triunfo en el combate. Se equivocó. "Me equivoqué fiero." Es como todos, como él. No les basta la guerra; ambicionan la política. "El Poder, señores –había dicho Dorrego a los diputados de las provincias–. Ustedes pueden ser el Poder. Pero hay que ganarlo. Nadie lo regala." Había que desconfiar de los hombres de frac –dijo–, de los unitarios que se reunían en el café de la Victoria o de la Comedia para conspirar. Gente adicta a Rivadavia: banqueros, comerciantes y hasta un poeta como Juan Cruz Varela, profuso de mitologías. "La política es puta, compañeros. Es infiel, no tiene dueño", había dicho Dorrego mientras jugaba al billar y un payador improvisaba "esos versos que gustan a la plebe" –como decían los unitarios, versos que hablan del coraje y la injusticia de ser pobres. "Un sable sin cabeza." No, es más que eso. Seguramente otros (más astutos, más diablos) están entre bambalinas, como actores en el Hueco de las Animas; otros, no Lavalle. Pero no es inocente. Sabía que Lavalle, el sublevado, ese que había sido compañero de armas, no le temía a él sino a ese pueblo que los señoritos llamaban la chusma: gente de los ranchos, del suburbio, negras y negros del candombe, adictos al Coronel del Pueblo. A él, a Dorrego, sí. "Ellos son el honor de los que nada tienen, caballeros" había dicho una vez y podía repetirlo ahora. "Porque de nada me arrepiento, señores", pudo decir, pero no lo llamaron a declarar.

–¿No va a escucharme? –preguntó– ¿Lavalle no quiere escuchar?

–No, no quiere hacerlo. Se le da una hora para que se prepare a morir -le respondió Lamadrid.

–A un desertor al frente del enemigo, a un bandido se le da más término y no se lo condena sin oírlo y sin permitirle su defensa ... ¿Dónde estamos? ... ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado?

"Ojalá yo tuviera una respuesta" –piensa Lamadrid, mirando a su compadre en una situación tan desgraciada. No puede o no quiere opinar. Dorrego ve en Lamadrid a un actor del Teatro del Mundo, a un hombre que sale a escena y repite el libreto que escribió otro. "¿Qué mundo es éste compadre? ¿Qué han hecho de la Patria?" Intuye que los doctores están escribiendo otras páginas del libreto. Con buena letra, con buenos modos, sin inmutarse, sin hesitar en el momento de esgrimir "la espada sin cabeza", "inspirados en los grandes ideales de la civilización", según dicen. "Traidores." Debió escuchar al coronel Tomás Iriarte cuando le advirtió que estallaba el levantamiento, pero él subestimó las maniobras de Lavalle, no creyó que pudiera tomar el gobierno en un abrir y cerrar de ojos y prefirió dejar que su tropa durmiera en los cuarteles como si no pasara nada. "Me equivoqué." Mira a los soldados en el cambio de guardia. Le parece muy raro pensar que dentro de muy poco no verá ni oirá nada más. "Me jodieron." Lamadrid mira a su amigo, al que pudo ser su hermano, su igual, a su compadre en esa situación tan desgraciada y no puede ayudarlo y nada le puede decir aquella tarde y se queda mirándolo como si estuviera en medio de un sueño y no en ese campo que siempre es el mismo, esa llanura que otros llaman la pampa. Cuando despierte habrán pasado muchos años y él, Lamadrid, escribirá sus memorias, la memoria de esa tarde y él, Lamadrid, será el prisionero, "porquê los argentinos nos turnamos en la injusticia" diría después. "Eso es así y yo no puedo hacer nada para cambiar esta historia a la que me condena el recuerdo", dirá años más tarde el general Gregorio Aráoz de Lamadrid. Escribe. Hay una lámpara, una ventanita con rejas. Prisionero. Prisionero de las palabras. Uno escribe para conjurar, para entenderse, para combatir a sus demonios. "Era un demonio." "¿Quién?" "Dorrego –dicen–, le daba alas a los miserables." "No, no es cierto; no era un demonio, era un hombre valiente; yo lo vi enfrentar a la muerte, vi cómo la esperó con dignidad. La miró a los ojos."

–¿No lo vendaron?

–¿Qué importa eso?

"Gallo. Gallito ciego. Gallo. Gallito." Las lavanderas, en la orilla del río, juegan con ese mozo pícaro que viene a espiarlas a la hora de la siesta. Y ellas, de puro zafadas, le dan el gusto, se inclinan sobre las rocas mientras lavan y le muestran sus grupas enormes, sus ancas generosas bajo las polleras levantadas por el viento. El mozo sale de su escondite y ellas se ríen y chichonean con él y andan a los manotazos. Negras locas. Se ríe el mozo, el estudiante de teología del Colegio Carolino, el experto en latines y en filosofía que se corre hasta la orilla del río, gallo, gallito ciego, para jugar con las lavanderas. "Venga, Manuel, venga el niño Manuel, venga con su negra, gallo", dice una y se lo lleva al matorral. Allí, el hijo del portugués se engolosina con tanta desmesura, con esos pechos altos y las piernas lustrosas de sudor y los muslos calientes. "Gallo. Gallito ciego. Gallo. Gallito." Hoy con una y mañana con otra. Si es juego, nomás. El, ciego bajo el pañuelo, extiende sus manos para tocarlas.

–Podía ver en la oscuridad –afirma una lavandera.

–Como los gatos ¿no? –opina un comedido.

–Como un tigre –afirma el hombre que ahora cuenta la historia.

Paisanos: la historia sigue;
estoy hablando de un hombre
al que fueron a cazar
como animal en el monte.
El no los quiso pelear
y empezó a darles razones
porque buscaba la paz
en medio de esos traidores.
–¡Dése preso, coronel!–
le intimaron sus captores
y aunque rugió como un tigre
se acordó de que era un hombre.
El animal racional,
según dicen los doctores,
jamás mata por matar,
domina sus emociones.
Yo no sé si será así:
son tantos los sinsabores,
que a veces me siento inútil
mientras canto estas canciones.
Quisiera volverme tigre
sin dejar de ser un hombre
y hasta matar por ser libre
y morir por mis amores ...
Paisanos: el cuento sigue,
yo les pido mil perdones,
si cuando cuento la historia
me pierdo en estos aprontes.

El Cantor está contando esa tarde nefasta de 1828 cuando Lamadrid pide la venia parar hablar con Lavalle e interceder por Dorrego. Le ruega "respetuosamente, mi general, no echar más leña a la hoguera, más sangre a la sangre en esta absurda guerra entre hermanos. Tenga en cuenta, mi general, que el coronel Dorrego goza de gran predicamento y enorme simpatía entre la gente. Usted lo sabe, general. La muerte de Dorrego puede ser tomada como bandera de lucha ... Usted va a transformarlo en una víctima, general. No es prudente. Es cierto: intercedo por él porque es mi compadre y supe ser su amigo aunque ahora tengamos diferente divisa. No lo niego, pero créame, mi general: lo hago, sobre todo, para que no sumemos una desgracia más a este desdichado país".

–¿Ya terminó?

–Sí, mi general.

–Yo ya di una orden. Y debe cumplirse. No me venga usted con nuevas peticiones de su parte.

–General: ¿por qué no lo oye un momento aunque lo fusile después?

Lavalle lo miró vaya uno a saber si con menosprecio o con tristeza.

–Porque no quiero –dijo.

"Uno está solo en la decisión de matar o morir. Es un pacto con uno mismo", piensa Lamadrid años después al recordar esa escena en la que él está como en medio de un sueño, como un actor en el Hueco de las Animas, sin saber qué decir. Las palabras (esas que dijo aquella tarde) son las mismas que le trae la memoria y, sin embargo, cuando uno las escribe en el papel teme traicionarlas. Tal vez porque ellas no pueden traducir después de tanto tiempo un rictus casi imperceptible en los labios de Lavalle o la increíble dureza de ese cuerpo flaco que se mueve en el cuarto de los oficiales entre una mesa y una pared blanca, pintada con cal. Como si él también estuviera prisionero. Tiene que cumplir con su deber. Que nadie diga que odia a ese hombre al que condena. En todo caso, odia a lo que él representa: los gauchos alzados, la anarquía, lo que los doctos llaman la barbarie. "Agüero dice que hay que meterles palo y tiene razón. No entienden. Son chúcaros, cimarrones, vagos, mal entretenidos. Tienen la porquería en el semblante, como decía Hernandarias. Cierto. Esa es la gente que él defiende, Lamadrid. Si es que se la puede llamar gente, claro." El recuerda ahora esas palabras, pero no las escribe, porque le falta la música de fondo de esa tarde: las voces del campamento, un silbido, la súplica de Luis, el hermano de Dorrego, en una nota que olvidó en su casaca o en los fragmentos rotos de la memoria, en eso que queda cuando uno llega a la vejez y comienza a olvidar los nombres y las fechas. "La paradoja –piensa Lamadrid– es que a esa edad, precisamente, los desmemoriados escriben sus memorias." "No tengo nada que hablar con Lamadrid", decidió Lavalle esa tarde. "Que piense lo que quiera. No doy un paso atrás en esta lucha, claro que no."

Miró por la ventana. Un soldado, como si traicionara la rutina, jugaba con un perro.

–Maldita guerra –murmuró Lamadrid después de hablar con su jefe.

–¿No quiere hablar?

–No.

–Es necio, es torpe.

–Lo siento, compadre.

–Yo nada temo, sino las desgracias que sobrevendrán sobre el país.

–Lo mismo pienso, compadre.

–Es raro ¿no?

–¿Qué hay de raro, Dorrego?

–El que seamos enemigos.

–Yo estoy con usted en este trance.

–Lo sé y se lo agradezco.

–Sabe Dios que yo hubiera querido encontrarlo en otras circunstancias.

–El buen Dios sabe lo que hace. Me ha dado un amigo en la hora final de mi vida. Una hora ¿verdad?

–Así es: una hora.

–¿Puede hacerme un favor?

–Lo que usted diga.

–Proporcióneme usted papel y tintero para escribir a mi Angela.

–Con gusto.

–Gracias, compadre.

Se trataban así, con deferencia, con buena educación, aunque la guerra fuera tropel y galope y estampida y ayes de dolor y puteadas y el olor de la sangre y el miedo que se suda y las espuelas y los gritos y un hombre que se desangra en los pastos y después el recuento de los muertos y las fogatas en medio de la noche y el toque de diana y volver a empezar. Así había sido siempre, desde el comienzo de la patria, aquí y en Chile donde Dorrego abandonó los estudios para meterse en el negocio de la guerra. "Mal negocio, compañero", pensó. Pudo seguir el camino de su padre, el portugués. "Pero cada hombre tiene su sino", se dijo, mientras empezaba a escribir la carta para Angela. Pensó en sus hijas, que comenzaban a quedarse huérfanas y en esa gente que lo llamaba padre y que ahora se quedaban guachos. "Mala suerte, compañeros. Pero tengan cuidado ... y piensen por ustedes mismos ... ¿Acaso no querían traer a un Rey para gobernarnos a los criollos? Un Rey ... ¡si da risa! ¡Sí, me río de los doctores que me llaman loco!" También Dorrego se sintió como un actor en el Hueco de las Animas, un hombre que recita un monólogo incomprensible, lleno de dudas y temores. Se vio a sí mismo como al loco que decían que era. Tuvo piedad de sí mismo y abjuró de su debilidad mientras continuaba escribiendo la carta a su mujer y se despedía de sus hijas. Poco a poco recuperó la tranquilidad. Pudo aceptar su muerte en este país condenado a la desdicha. "Angela, mi amor: sólo tengo una hora para pensarte."

Una chaqueta para morir, Pedro Orgambide (Temas Grupo Editorial, 1998).



se acordó de que era un hombre.
El animal racional,
según dicen los doctores,
jamás mata por matar,
domina sus emociones.
Yo no sé si será así:
son tantos los sinsabores,
que a veces me siento inútil
mientras canto estas canciones.
Quisiera volverme tigre
sin dejar de ser un hombre
y hasta matar por ser libre
y morir por mis amores ...
Paisanos: el cuento sigue,
yo les pido mil perdones,
si cuando cuento la historia
me pierdo en estos aprontes.

campamento, un silbido, la súplica de Luis, el hermano de Dorrego, en una nota que olvidó en su casaca o en los fragmentos rotos de la memoria, en eso que queda cuando uno llega a la vejez y comienza a olvidar los nombres y las fechas. "La paradoja –piensa Lamadrid– es que a esa edad, precisamente, los desmemoriados escriben sus memorias." "No tengo nada que hablar con Lamadrid", decidió Lavalle esa tarde. "Que piense lo que quiera. No doy un paso atrás en esta lucha, claro que no."

Miró por la ventana. Un soldado, como si traicionara la rutina, jugaba con un perro.

–Maldita guerra –murmuró Lamadrid después de hablar con su jefe.

declarar.

–¿No va a escucharme? –preguntó– ¿Lavalle no quiere escuchar?

–No, no quiere hacerlo. Se le da una hora para que se prepare a morir -le respondió Lamadrid.

–A un desertor al frente del enemigo, a un bandido se le da más término y no se lo condena sin oírlo y sin permitirle su defensa ... ¿Dónde estamos? ... ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado?

"Ojalá yo tuviera una respuesta" –piensa Lamadrid, mirando a su compadre en una situación tan desgraciada. No puede o no quiere opinar. Dorrego ve en Lamadrid a un actor del Teatro del Mundo, a un hombre que sale a escena y repite el libreto que escribió otro. "¿Qué mundo es éste compadre? ¿Qué han hecho de la Patria?" Intuye que los doctores están escribiendo otras páginas del libreto. Con buena letra, con buenos modos, sin inmutarse, sin hesitar en el momento de esgrimir "la espada sin cabeza", "inspirados en los grandes ideales de la civilización", según dicen. "Traidores." Debió escuchar al coronel Tomás Iriarte cuando le advirtió que estallaba el levantamiento, pero él subestimó las maniobras de Lavalle, no creyó que pudiera tomar el gobierno en un abrir y cerrar de ojos y prefirió dejar que su tropa durmiera en los cuarteles como si no pasara nada. "Me equivoqué." Mira a los soldados en el cambio de guardia. Le parece muy raro pensar que dentro de muy poco no verá ni oirá nada más. "Me jodieron." Lamadrid mira a su amigo, al que pudo ser su hermano, su igual, a su compadre en esa situación tan desgraciada y no puede ayudarlo y nada le puede decir aquella tarde y se queda mirándolo como si estuviera en medio de un sueño y no en ese campo que siempre es el mismo, esa llanura que otros llaman la pampa. Cuando despierte habrán pasado muchos años y él, Lamadrid, escribirá sus memorias, la memoria de esa tarde y él, Lamadrid, será el prisionero, "porque los argentinos nos turnamos en la injusticia" diría después. "Eso es así y yo no puedo hacer nada para cambiar esta historia a la que me condena el recuerdo", dirá años más tarde el general Gregorio Aráoz de Lamadrid. Escribe. Hay una lámpara, una ventanita con rejas. Prisionero. Prisionero de las palabras. Uno escribe para conjurar, para entenderse, para combatir a sus demonios. "Era un demonio." "¿Quién?" "Dorrego –dicen–, le daba alas a los miserables." "No, no es cierto; no era un demonio, era un hombre valiente; yo lo vi enfrentar a la muerte, vi cómo la esperó con dignidad. La miró a los ojos."

–¿No lo vendaron?

–¿Qué importa eso?

"Gallo. Gallito ciego. Gallo. Gallito." Las lavanderas, en la orilla del río, juegan con ese mozo pícaro que viene a espiarlas a la hora de la siesta. Y ellas, de puro zafadas, le dan el gusto, se inclinan sobre las rocas mientras lavan y le muestran sus grupas enormes, sus ancas generosas bajo las polleras levantadas por el viento. El mozo sale de su escondite y ellas se ríen y chichonean con él y andan a los manotazos. Negras locas. Se ríe el mozo, el estudiante de teología del Colegio Carolino, el experto en latines y en filosofía que se corre hasta la orilla del río, gallo, gallito ciego, para jugar con las lavanderas. "Venga, Manuel, venga el niño Manuel, venga con su negra, gallo", dice una y se lo lleva al matorral. Allí, el hijo del portugués se engolosina con tanta desmesura, con esos pechos altos y las piernas lustrosas de sudor y los muslos calientes. "Gallo. Gallito ciego. Gallo. Gallito." Hoy con una y mañana con otra. Si es juego, nomás. El, ciego bajo el pañuelo, extiende sus manos para tocarlas.

–Podía ver en la oscuridad –afirma una lavandera.

–Como los gatos ¿no? –opina un comedido.

–Como un tigre –afirma el hombre que ahora cuenta la historia.

Paisanos: la historia sigue;
estoy hablando de un hombre
al que fueron a cazar
como animal en el monte.
El no los quiso pelear
y empezó a darles razones
porque buscaba la paz
en medio de esos traidores.
–¡Dése preso, coronel!–
le intimaron sus captores
y aunque rugió como un tigre

El Cantor está contando esa tarde nefasta de 1828 cuando Lamadrid pide la venia parar hablar con Lavalle e interceder por Dorrego. Le ruega "respetuosamente, mi general, no echar más leña a la hoguera, más sangre a la sangre en esta absurda guerra entre hermanos. Tenga en cuenta, mi general, que el coronel Dorrego goza de gran predicamento y enorme simpatía entre la gente. Usted lo sabe, general. La muerte de Dorrego puede ser tomada como bandera de lucha ... Usted va a transformarlo en una víctima, general. No es prudente. Es cierto: intercedo por él porque es mi compadre y supe ser su amigo aunque ahora tengamos diferente divisa. No lo niego, pero créame, mi general: lo hago, sobre todo, para que no sumemos una desgracia más a este desdichado país".

–¿Ya terminó?

–Sí, mi general.

–Yo ya di una orden. Y debe cumplirse. No me venga usted con nuevas peticiones de su parte.

–General: ¿por qué no lo oye un momento aunque lo fusile después?

Lavalle lo miró vaya uno a saber si con menosprecio o con tristeza.

–Porque no quiero –dijo.

"Uno está solo en la decisión de matar o morir. Es un pacto con uno mismo", piensa Lamadrid años después al recordar esa escena en la que él está como en medio de un sueño, como un actor en el Hueco de las Animas, sin saber qué decir. Las palabras (esas que dijo aquella tarde) son las mismas que le trae la memoria y, sin embargo, cuando uno las escribe en el papel teme traicionarlas. Tal vez porque ellas no pueden traducir después de tanto tiempo un rictus casi imperceptible en los labios de Lavalle o la increíble dureza de ese cuerpo flaco que se mueve en el cuarto de los oficiales entre una mesa y una pared blanca, pintada con cal. Como si él también estuviera prisionero. Tiene que cumplir con su deber. Que nadie diga que odia a ese hombre al que condena. En todo caso, odia a lo que él representa: los gauchos alzados, la anarquía, lo que los doctos llaman la barbarie. "Agüero dice que hay que meterles palo y tiene razón. No entienden. Son chúcaros, cimarrones, vagos, mal entretenidos. Tienen la porquería en el semblante, como decía Hernandarias. Cierto. Esa es la gente que él defiende, Lamadrid. Si es que se la puede llamar gente, claro." El recuerda ahora esas palabras, pero no las escribe, porque le falta la música de fondo de esa tarde: las voces del

–¿No quiere hablar?

–No.

–Es necio, es torpe.

–Lo siento, compadre.

–Yo nada temo, sino las desgracias que sobrevendrán sobre el país.

–Lo mismo pienso, compadre.

–Es raro ¿no?

–¿Qué hay de raro, Dorrego?

–El que seamos enemigos.

–Yo estoy con usted en este trance.

–Lo sé y se lo agradezco.

–Sabe Dios que yo hubiera querido encontrarlo en otras circunstancias.

–El buen Dios sabe lo que hace. Me ha dado un amigo en la hora final de mi vida. Una hora ¿verdad?

–Así es: una hora.

–¿Puede hacerme un favor?

–Lo que usted diga.

–Proporcióneme usted papel y tintero para escribir a mi Angela.

–Con gusto.

–Gracias, compadre.

Se trataban así, con deferencia, con buena educación, aunque la guerra fuera tropel y galope y estampida y ayes de dolor y puteadas y el olor de la sangre y el miedo que se suda y las espuelas y los gritos y un hombre que se desangra en los pastos y después el recuento de los muertos y las fogatas en medio de la noche y el toque de diana y volver a empezar. Así había sido siempre, desde el comienzo de la patria, aquí y en Chile donde Dorrego abandonó los estudios para meterse en el negocio de la guerra. "Mal negocio, compañero", pensó. Pudo seguir el camino de su padre, el portugués. "Pero cada hombre tiene su sino", se dijo, mientras empezaba a escribir la carta para Angela. Pensó en sus hijas, que comenzaban a quedarse huérfanas y en esa gente que lo llamaba padre y que ahora se quedaban guachos. "Mala suerte, compañeros. Pero tengan cuidado ... y piensen por ustedes mismos ... ¿Acaso no querían traer a un Rey para gobernarnos a los criollos? Un Rey ... ¡si da risa! ¡Sí, me río de los doctores que me llaman loco!" También Dorrego se sintió como un actor en el Hueco de las Animas, un hombre que recita un monólogo incomprensible, lleno de dudas y temores. Se vio a sí mismo como al loco que decían que era. Tuvo piedad de sí mismo y abjuró de su debilidad mientras continuaba escribiendo la carta a su mujer y se despedía de sus hijas. Poco a poco recuperó la tranquilidad. Pudo aceptar su muerte en este país condenado a la desdicha.

"Angela, mi amor: sólo tengo una hora para pensarte." ■

ambide (Temas Grupo Editorial, 1998).

Los pubs de Londres

Muchos personajes célebres solían frecuentar "pubs". Averigüe a cuál concurría cada uno de estos ilustres, en qué calle aún se encuentra y en qué año lo hicieron. Este último dato es imaginario, los otros son reales.

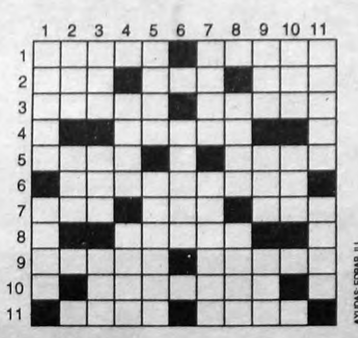
1. Los que iban al "Blackfriars", al "Museum Tavern" y al "Old" lo hicieron en el siglo XIX; Constable y Shakespeare concurrieron con anterioridad.
2. Marx era sociólogo; Shakespeare, dramaturgo; el que acudía al "Albert", pintor y los que iban a las calles Berne y Queen Victory, novelistas.
3. El "Old" y el preferido de Wells se hallan a orillas del río Támesis. Ninguno de los dos está en la calle Borough High.
4. El "Museum Tavern", sito en Great Rusell, no era frecuentado por Dickens ni por el que acudía en 1890.
5. El ilustre que iba al pub de la calle Berne, lo hacía en 1845.
6. El pintor transitó la calle Victory en 1795.

		"Albert"	"Blackfriars"	"George Inn"	"M. Tavern"	"Old"	Berne	B. High	Great R.	Queen V.	Victory	1610	1795	1845	1880	1890
Ilustre	Constable															
	Dickens															
	Marx															
	Shakespeare															
	Wells															
Año	1610															
	1795															
	1845															
	1880															
	1890															
Calle	Berne															
	Borough High															
	Great Rusell															
	Queen Victory															
	Victory															

S.O.S.

Ilustre	Pub	Calle	Año
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. (-Day) Actriz estadounidense./ Punta, extremo.
2. Unidad de vigilancia intensiva./ Maestro, educador./ Combate, pelea.
3. Estimular o anestesiar con psicofármacos./ Cuidar, vigilar.
4. Sala grande.
5. Sorteo de una cosa entre varios./ (Christian) Famoso modisto francés.
6. Fuese digno de algo.
7. Nombre inglés del OVNI./ Objetivo, propósito./ Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
8. Trozo desgarrado de un vestido.
9. (- Amaru) Revolucionario peruano./ Preparar los alimentos por medio del fuego.
10. Tabla de armario, alacena, etc.
11. Dos veces cinco./ Rey sueco del siglo X.

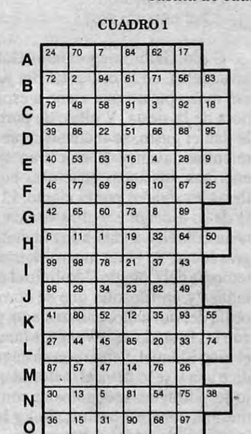
VERTICALES

1. Vacilar./ Cubro algo con una sustancia grasa.
2. Adorno arquitectónico en forma de huevo./ International Monetary Found (Fondo Monetario Internacional).
3. Abreviatura de "Requiéscat in pace"./ Desagradable./ Sacerdote umbanda.
4. Cocinar a las brasas./ Nombre de la actriz estadounidense Russell.
5. Madre de Isaac./ Efectivo, que produce el efecto al que estaba destinado.
6. Ostentar alguna cosa.
7. Acción de aovar./ Que no hace daño.
8. (Por...) Por tanto./ (Papá) Figura navideña.
9. Río de Alsacia./ Prefijo: igual./ Voz de la gallina.
10. Hueso de la cadera./ Organización de los Estados Americanos.
11. Dar segunda cava a las viñas./ Ensenada.

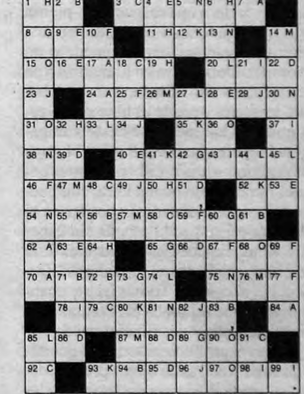
Grilla clásica

Responda las referencias escribiendo las palabras en el CUADRO 1. Luego traslade las letras al CUADRO 2, según su numeración, y podrá leer allí un pensamiento de un dramaturgo francés. Su nombre y apellido se formarán leyendo en vertical la primera casilla de cada hilera del CUADRO 1.

CUADRO 1



CUADRO 2

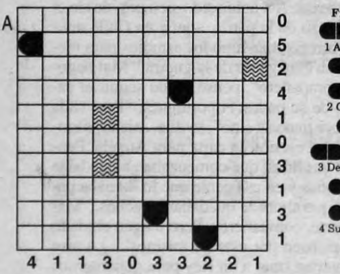


DEFINICIONES

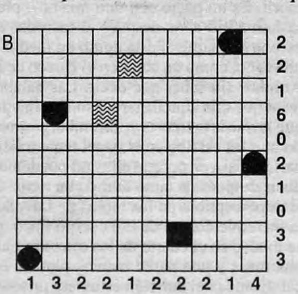
A. Sitio arbolado para recreo.
B. Contagiada.
C. Robad, timad.
D. Toque continuo de tambor.
E. Respiraba con ruido al dormir.
F. Trago vorazmente.
G. Lobo de México y América Central.
H. Hueco.
I. Descanso, quietud.
J. Conjunto de las crías en el nido.
K. Arma defensiva con que se cubre el cuerpo (pl.).
L. Atribuyen a otro algo censurable.
M. Sucesión continua de puntos (pl.).
N. Oriente.
O. Reclamad con fuerza.

Batalla naval

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua, es decir que los barcos no se pueden tocar por ninguno de sus lados ni por los vértices de las casillas que ocupan.





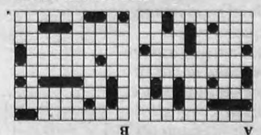






Soluciones

Batalla naval



Grilla clásica

A. PARQUE/ B. INFECTA/ C. ESTAFAD/ D. REDOBLE/ E. RONCABA/ F. ENGULLO/ G. COYOTE/ H. OQUEDAD/ I. REPOSO/ J. NIDADA/ K. ESCUDOS/ L. IMPUTAN/ M. LINEAS/ N. LEVANTE/ O. EXIGID.
"Un favor tal que excede toda posibilidad de ser recompensado, constituye una obligación tan pesada, que llega a ofender." Pierre Corneille.

Ortodoxo

Los pubs de Londres

Constable, "Albert", Victory, 1795
Dickens, "Old", Berne 1845
Marx, "Museum Tavern", Great Rusell, 1880
Shakespeare, "George Inn", Borough High, 1610.
Wells, "Blackfriars", Queen Victory, 1890.